

lo que acababa de oír y preguntase á su **augusto** interlocutor si podía transmitir á Turín el **resumen** de la conversación, el soberano le contestó **sonriendo**: «Sí, por cierto.» Cavour supo, pues, desde los **comienzos** del segundo Imperio, lo que había **presentado** ya, á saber, que habría en Francia, respecto á Italia, dos políticas, una oficial y otra secreta. La política oficial **soplaría** bruscamente sobre las esperanzas; y la política secreta las reanimaría; la política oficial **inferiría** heridas, y la política secreta las restañaría, la política oficial dictaría despachos, formularía **desaprobaciones**, estallarían en cóleras; la política secreta bajaría **poco** á poco las barreras, señalaría con discreción el **camino** que conviniese seguir, allanaría este mismo camino, é impediría sobre todo que ningún importuno **se** le interesase. Esta política clandestina fué la que Cavour se aplicó á fortalecer, y á halagar sobre todo. **A** este fin afectaba respecto á Francia una deferencia que rayaba en humildad; disimulaba las tendencias liberales de su gobierno y no ponía de relieve más que su **espíritu** progresista; enumeraba con complacencia cada uno de sus actos de firmeza contra los periodistas, los refugiados y los demagogos; con una vehemencia **vecina** de la indignación, protestaba contra todo proyecto revolucionario, hablando muy alto de su moderación, de su paciencia y sobre todo de su lealtad. A dar crédito á sus palabras, nadie observaba mejor que él los tratados, nadie era más fiel que él á las reglas internacionales de buena vecindad, nadie respetaba mejor que él la religión: pero, ¿qué hacer contra las provocaciones del Austria? ¿Qué hacer sobre todo contra la **obstinación** de Roma? Así hablaba Cavour, y, al expresarse así, estaba seguro de ser escuchado; pues la **desconfianza** respecto al Austria era en el ánimo del emperador una prevención incurable; y en cuanto á Roma, su simpatía se limitaba á Pío IX y no se extendía al gobierno pontificio, que no le gustó jamás.

Alentado por la perspectiva de una alianza ya claramente presentida, Cavour se afirmó en su **ruta**. La ruptura diplomática con el Austria, lejos de **asustarlo**, le había alegrado. «Así pasaremos el Tesino **más** pronto», decía (1). Pero había que **esperar la ocasión**, según el consejo de Napoleón III. Esta ocasión no la harían nacer sino á costa de muchas intrigas y con la ayuda de una prudencia que no se desenmascararía **sino** por grados. En cambio lo que podía activarse era la **lucha** contra Roma. La **ley de los conventos** fué, como antes la ley del **Fuero**, uno de los episodios de esa **lucha**, episodio que no está de más referir, pues demuestra bien la audacia de Cavour, el espíritu del pueblo piomontés y las ansiedades del rey, indeciso entre los recuerdos de familia y sus ambiciones.

El Piamonte había conservado, ó mejor dicho, había restablecido en 1814 las circunscripciones diocesanas y los institutos monásticos del antiguo régimen. Había en todo el reino cuatro arzobispos y veintiséis obispos, más de seiscientos comunidades religiosas, un número considerable de colegiadas y beneficios, casi todos provistos de importantes dotaciones. Este estado de cosas, continuado á través de los tiempos nuevos, se prestaba á incesantes críticas en la prensa antirreligiosa, y la se-

(1) Massari, *Il conte Cavour*, pág. 93.

cularización ó, como se decía entonces en el país, la **incameración** de los bienes eclesiásticos, hacía algunos años que era ardientemente perseguida por el partido democrático. La masa de la población no se asociaba á pensamientos tan radicales. Sin embargo, los hombres más sensatos deseaban que se hiciesen algunas reformas de acuerdo con la Santa Sede; estimaban que hubiera podido reducirse el número de diócesis, y que ciertas corporaciones, en otro tiempo útiles, habían cesado de responder á su destino; sentían, por otra parte, no que el patrimonio eclesiástico fuese considerable, sino que sus rentas estuviesen mal repartidas, pues al paso que ciertos obispados y abadías se hallaban provistas de dotaciones excesivas, los curas de aldea estaban tan pobres que el Estado tenía que destinar anualmente cerca de un millón á completar su sueldo.

En 1854, como las reclamaciones de la prensa eran cada vez más ruidosas, Víctor Manuel, á quien aún le repugnaba romper con Roma, envió á Pío IX una comisión compuesta de tres prelados de su reino: monseñor Charvaz, arzobispo de Génova, y los obispos de Mauriana y de Annecy. Estos fueron cortésmente acogidos por el cardenal Antonelli y por el papa con una benevolencia paternal. La curia de Roma se mostró dispuesta, no á desistir de principios juzgados por ella inmutables, sino á exonerar el Estado de toda contribución al sueldo del clero, con la doble condición de que le serían transmitidas nuevas aclaraciones y de que se arreglarían las demás disidencias religiosas. Esta concesión era de buen augurio para las negociaciones ulteriores. Pero en Turín el gobierno deseaba más combatir que transigir. Mientras estaban negociando en el Vaticano, los prelados sardos recibieron el aviso de que se preparaba un proyecto para la secularización de los bienes eclesiásticos. Los negociadores protestaron desde Roma y apelaron á la conciencia del rey, invocando el interés de la Iglesia y el del Estado. Todos sus esfuerzos fueron inútiles: su protesta aún no había llegado á Turín y ya el proyecto había sido presentado á la Cámara.

La proposición, despojada de todos los detalles que no habían de interesar mucho á la mayoría de nuestros lectores, se reducía á lo siguiente. Todas las comunidades religiosas eran suprimidas, á excepción de las Hermanas de la Caridad y ciertas órdenes destinadas á la predicación, á la enseñanza ó al cuidado de enfermos, las cuales serían comprendidas en un cuadro especial. Los cabildos de las colegiadas eran igualmente suprimidos, exceptuando algunos que un real decreto especificaría. El patrimonio de todos aquellos establecimientos pasaba al Estado; sin embargo, las rentas de esos bienes no se confundirían con las demás rentas públicas, sino que ingresarían en una caja especial. Esta caja atendería á ciertos servicios religiosos y estaría encargada de las pensiones vitalicias que hubiera que señalar á los individuos de las órdenes secularizadas. La misma caja proporcionaría, para los curas cuyo sueldo no llegase á 1.000 liras, el suplemento inscrito hasta entonces en el presupuesto del Estado. Con esta última disposición, el ministerio afectaba en favor de los curas pobres un celo religioso que sin duda iba á engañar á las masas, y descargando el presupuesto de una suma relativamente considerable, velaba la expoliación bajo las apariencias de la economía.

El cálculo no obtuvo todo el resultado que se esperaba. El doble atentado al derecho de propiedad y á la libertad religiosa era demasiado manifiesto para poderlo ocultar bajo el aspecto modesto de un acto de beneficencia ó de una reducción en el presupuesto. La desaprobación fué viva, bastante viva para cubrir á intervalos los aplausos interesados. ¡Cosa extraña! Uno de los más descontentos fué el rey. Este se creía engañado: no había calculado el alcance del proyecto. El arzobispo de Génova, monseñor Charvaz, que había sido su preceptor, no le escatimaba las reconveniones; y los reproches que más sentía eran los que oía en su palacio y en su hogar. «Mi madre y mi esposa, escribió á La Mármora, no hacen más que decirme que se mueren de pena por culpa mía; ya comprenderéis el gusto que eso me da (1).» En 9 de diciembre, el papa protestó contra la proposición de ley, y las reclamaciones vehementes de los obispos de la Saboya y del Piamonte acabaron de turbar á las conciencias.

En 9 de enero de 1855 empezó á discutirse la proposición en la Cámara, en medio de un aparato tumultuoso. Cavour tuvo que hacer frente á vivos ataques, y Rattazzi, ministro de Justicia y de Cultos y autor del proyecto, lo defendió apoyándose en la historia, en las numerosas secularizaciones que en diferentes épocas y en diversos países habían transformado, para el bienestar general, las riquezas infecundas del patrimonio eclesiástico. Insistió Rattazzi sobre la mala repartición de las dotaciones eclesiásticas, pues había obispos que tenían una renta anual de 100.000 liras, mientras que á pocas leguas de allí, en la montaña, muchos curas carecían de lo estrictamente necesario. Después de todo subsistiría la libertad del claustro, pero sin ningún privilegio y sin que ningún derecho de existencia legal protegiese en lo sucesivo á los monasterios.

El día en que Rattazzi hablaba así era el 11 de enero. En aquel momento la atención pública se apartaba del palacio Carignán para fijarse en el palacio real donde la reina madre estaba en la agonía. Esta expiró al día siguiente. Se aplazaron los debates de la Cámara, que reanudó sus tareas el 20 de enero, no para continuar la discusión, sino para recibir el anuncio de la muerte de la joven reina. Bajo aquel doble golpe, la nación quedó como abatida de espanto y remordimientos. Las declamaciones de la prensa, el espíritu crítico de los tiempos nuevos, habían agitado la superficie, pero no habían alcanzado á los repliegues íntimos de las conciencias. Del fondo de los corazones se levantó un doloroso murmullo, expresión de un terror religioso que parecía renovado de otra edad. Con una ansiedad mezclada de superstición y arrepentimiento, se recordaron todos los actos de la política nueva, la ley del **Fuero**, las licencias en materia de enseñanza, el libertinaje de la prensa, las vejaciones del clero; y las recientes pérdidas de la casa de Saboya parecieron avisos del cielo. Sin embargo, no se abandonó el proyecto de ley de los conventos; pero ¡oh fatalidad!, el mismo día en que se reanudaba su discusión, se anunció la muerte del duque de Génova, hermano del rey. Ante aquellas tres muertes los más firmes se estremecieron. En esto se publicó

(1) *Lettere edite ed inedite di Camillo Cavour raccolte ed illustrate da Luigi Chiala*, tomo II, pág. 76.

un **Monitorio** pontificio que denunciaba los atentados contra la Iglesia de Cerdeña, dejando entrever la amenaza de las censuras eclesiásticas, y como aquel severo lenguaje coincidió con repetidos golpes de la muerte, aumentó la emoción de los ánimos.

El ministerio mostróse firme y, el 16 de febrero, reanudó los debates. Enérgico en vencer las resistencias, Cavour subió tres veces á la tribuna, una vez para combatir á la extrema izquierda que quería hacer la supresión extensiva hasta á las Hermanas de la Caridad, y dos veces para contestar á las objeciones de los católi-



Rattazzi

cos. Como hombre sagaz, descartó todas las consideraciones religiosas, insistió principalmente sobre el carácter político de la ley é hizo resaltar con mucho arte sus ventajas materiales. Su tenacidad triunfó, y el 2 de marzo la proposición fué votada por 116 votos contra 36 (2). Faltaba la ratificación por el Senado.

El partido católico había concentrado todos sus esfuerzos sobre este terreno. Cavour apeló á la audacia, y hasta en aquel momento denunció en París al gobierno pontificio. «El **Monitorio** del papa, escribió al señor de Villamarina, es una acusación contra los principios de 1789, tan vigorosamente defendidos en Francia, y contra las máximas del Código Napoleón (3).» De ese modo trataba de hacer su causa solidaria con la de Francia. Sus disposiciones íntimas no concordaban con aquel lenguaje agresivo. Estaba nervioso é inquieto. La comisión nombrada por las secciones del Senado no le parecía bastante adicta á su política. Encontraba una oposición acerba hasta entre sus más antiguos amigos, y su propio hermano, el marqués Gustavo de Cavour, era uno de sus adversarios. Temió que su prestigio se hubiese gastado, y con un desaliento sincero, aunque fugaz, se proponía á intervalos crearse en el extranjero

(2) Véase *Atti del parlamento subalpino*, tomo VI, pág. 3116.

(3) Despacho de Cavour á Villamarina, 3 de febrero de 1855 (*Bianchi, Storia documentata*, tomo VII, pág. 503).

un retiro apacible. Aquel espíritu, en apariencia tan independiente, no escapaba del todo á las impresiones y terrores comunes. Recordaba el lecho de muerte del desdichado Santa Rosa, y con una sutileza muy italiana se esforzaba en conciliar su ambición con la salvación de su alma. Con tal objeto llamó, según se dijo, á un cura de toda su confianza y le hizo prometer que en su hora postrera, cualesquiera que fuesen los actos de su vida política, no le negaría la absolución de la Iglesia (1). Si el temor se apoderaba hasta del alma escéptica de Cavour, ¿cuál no sería el trastorno en el palacio real, todavía lleno de fúnebres imágenes? «El rey, escribía la marquesa Constanza de Azeglio, está pálido, abatido, con accesos de dolor que dan compasión (2).» Los viejos amigos de su juventud, los curas que habían presidido á su infancia lo rodeaban, le reconvenían y le conjuraban que volviese á las tradiciones de sus antepasados. Bajo aquella impresión, tres prelados, individuos del Senado, el arzobispo de Chambery, el obispo de Mondovi y el obispo de Casale, formularon secretamente un proyecto que hicieron aprobar por el rey, proyecto para el cual consiguieron el asentimiento del papa, y que, explanado á la hora propicia, desconcertaría sin duda al ministerio y aseguraría la victoria al partido religioso (3).

El contraproyecto se presentó el 26 de abril. Hacía ya algunos días que duraba la discusión en el Senado, y habían hecho uso de la palabra los representantes más autorizados de la antigua política piamentesa. Entonces fué cuando el Sr. de Calabiana, obispo de Casale, se levantó en medio de la Asamblea y explanó su moción. Esta se reducía á una transacción. El ministerio, dijo en substancia el obispo de Casale, ha afirmado varias veces que si perseguía la secularización del patrimonio monástico, era con el fin de mejorar la suerte del bajo clero y sacar de la renta de los bienes secularizados el suplemento de sueldo destinado á los curas pobres y soportado hasta ahora por el presupuesto. ¡Pues bien!, en nombre del episcopado, nos ofrecemos á pagar ese suplemento de nuestras propias dotaciones, poniéndolo cada año á disposición del gobierno, con la sola condición de que sea retirado el proyecto de ley.

La maniobra era hábil y colocaba al ministerio en la alternativa de retirar el proyecto ó confesar su verdadero propósito. Cavour no vaciló en arriesgar otra vez el todo por el todo y abandonarse á su fortuna. Pidió el aplazamiento, y por la noche, después de un largo consejo, presentó su dimisión al rey. Los días siguientes fueron agitadosísimos. Todo el mundo comprendió que se trataba, no de una ley especial, ni de una crisis parlamentaria, sino del porvenir del Piamonte. La mayoría de las gentes esperaba que el rey llamaría al señor de Revel, pero se contentó con llamar al general Durando, y ello fué la primera señal del decrecimiento de su energía. Al cabo de dos días, el general renunció á formar ministerio, y Cavour, cuya estrella había palidecido un instante, volvió á ser el hombre inevitable. No perdió un instante para consolidar su éxito y re-

(1) *Le comte de Cavour, récits et souvenirs*, por W. de la Rive, pág. 239.

(2) *Souvenirs de la marquise Constance de Azeglio*, pág. 497.

(3) Monseñor Ghilardi, *Pio Nono iustificato*, tomo I, páginas XVII-XVIII, notas.

apareció ante el Senado con el prestigio de las repugnancias reales vencidas. El senador Gallina pidió que la ley fuese aplazada hasta septiembre, á fin de que las negociaciones con Roma pudiesen ser llevadas á buen término. Pero la audaz obstinación de Cavour había debilitado las resistencias. El aplazamiento fué desechado, y el 22 de mayo de 1855 la obra de la secularización fué consumada por 53 votos contra 42 (4).

¿Por qué he referido detalladamente este episodio en apariencia ajeno á nuestra historia? Porque señala el último rompimiento con la antigua tradición é inaugura de un modo decisivo la política nueva. El rey había agotado, en aquellas circunstancias emocionantes y dolorosas, toda su energía. Votada la ley, la sancionó sin recordarse, al parecer, de la crisis pasajera en que se había agitado la suerte del país. A su ministro le pidió una sola concesión. Entre los santuarios servidos por los religiosos proscritos había algunos que su madre y su esposa solían visitar; estos eran la piadosa capilla de las *Sacramentinas* y la iglesia de la *Consolata*, donde dos estatuas señalaron más tarde el sitio en que ambas reinas acostumbraban arrodillarse. Repugnó á Víctor Manuel dejar profanar aquellos recuerdos de familia, y quiso respetar hasta en la muerte á las que en vida escuchó tan poco. Encargó que nada se cambiase en aquellos recintos, y la violación se detuvo en aquellos umbrales privilegiados. Cavour no sólo accedió al deseo de su soberano, sino que, acordándose algo tarde de que era de la raza de Francisco de Sales, añadió á aquellos favores algunos actos de tolerancia. El rey creyó haber aplacado los manes de sus antepasados y haber concedido bastante á las tradiciones de su casa. Desde entonces, habiendo tranquilizado su conciencia á su manera, sacudió resueltamente el polvo del pasado y, encadenado para siempre al ministro que había de dominarlo é ilustrarlo á la vez, se abandonó á su destino.

VI

Era propio de Cavour el llevar adelante con igual solitud varias empresas simultáneas. Al mismo tiempo que presentaba á las Cámaras la «ley de los conventos,» se preparaba una entrada ruidosa en el gran teatro de la política europea.

Desde su ingreso en el ministerio, no cesaba de meditar algún golpe de efecto. La paz general había contenido hasta entonces sus designios. En enero de 1854, cuando pareció indudable que de las complicaciones orientales surgiría la guerra, sintióse vivamente atraído por aquella gran ocasión de peligros y provechos. Su primer confidente parece que fué el rey. A Víctor Manuel le sedujo la idea de tomar parte en la guerra que las potencias occidentales iban á hacer á Rusia. «Si no puedo ir yo, enviaré á mi hermano,» dijo el rey (5). Contando con aquella adhesión, Cavour dejó entrever algo de sus planes, á medida que se desarrollaban los acontecimientos. Comunicólos al general La Marmora y á algunos emigrados lombardos cuya calurosa aprobación le animó. Las noticias de París proporcionaron

(4) Véase *Atti del parlamento subalpino*, tomo VIII, páginas 671, 675, 795 á 839.

(5) Massari, *La vita ed il regno di Vittorio Emanuele*, tomo II, pág. 157.

nuevo alimento á su imaginación ambiciosa. En el momento en que los primeros batallones franceses partían para Oriente, el Sr. Drouyn de l'Huys, en una larga entrevista con el Sr. de Villamarina, procuró destruir las aprensiones que pudiera despertar en Italia la alianza eventual del Austria con Francia é Inglaterra. «Cuanto más se comprometiera Austria en Oriente, tanto menos pesará sobre Italia; cuanto más se una á nosotros, tanto mayor será la influencia que sobre ella ejerceremos. Y además, añadió Drouyn de l'Huys, ¿quién puede prever las eventualidades de una guerra tan vasta? Puede haber territorios que repartir, aun á costa de nuestra aliada, la Turquía; puede haber compensaciones que dar.—¡Oh!, sí, replicó el Sr. de Villamarina, la cuestión de Oriente es tan grande que interesa á toda Europa.—Sin duda, á toda Europa, repuso Drouyn de l'Huys haciendo hincapié sobre esta palabra; por esto al Piamonte, por el cual se interesa tanto el gobierno francés y particularmente el emperador, le traería cuenta tomar en ella una parte activa (1).»

¡Qué excitación para Cavour! ¡Qué lenguaje tan tentador! Inmediatamente procuró crear en el país un movimiento de opinión favorable á sus secretos planes, movimiento que había de justificar más tarde la realización de los mismos. En abril de 1854 se le presentó la ocasión de descubrir sus proyectos. Llegó al *Foreign Office* el rumor de que la indecisión de Austria á unirse á la alianza occidental obedecía al temor de que, una vez llevadas lejos sus armas, estallase un levantamiento en sus provincias italianas y se propagase con la complicidad del Piamonte. Lord Clarendon invitó desde Londres á sir James Hudson que provocase sobre el particular las explicaciones de Cavour. Después de haber cumplido su encargo, sir Hudson añadió en lenguaje amistoso: «¿Por qué no ponéis un cuerpo de tropas al servicio de los aliados? Sería la mejor manera de quitar todo pretexto á las evasivas de Austria.» La contestación de Cavour no se hizo esperar: «Estoy personalmente dispuesto, replicó, á aconsejar al rey el envío de quince mil hombres á Oriente, con la sola condición de que este concurso no pueda en ningún caso perjudicar nuestros intereses (2).»

La negociación quedaba entablada, pero no se continuó hasta más tarde. El prestigio de Cavour, aunque grande, no lo era tanto que intimidase á todas las resistencias. Los consejeros del rey empezaron á formular objeciones. Quién temía que el pequeño contingente sardo, al lado de los grandes ejércitos anglo-franceses, hiciese más visible la debilidad del Piamonte. Quién se resistía á que las mejores tropas piamentesas fuesen llevadas tan lejos de las fronteras que estaban encargadas de proteger. Otros recordaban las guerras todavía recientes, el país cansado de luchas, la hacienda empeñada. Todos consideraban la empresa extraordinaria, y lo era, en efecto, á menos que fuese el prefacio de planes más extraordinarios todavía; y, sobre esto, el primer ministro se veía obligado á disimular las grandes aspiraciones de su política. El más hostil era el general Dabormida, ministro de Negocios extranjeros, que nunca

fué partidario de la intervención. Sucedió, pues, que á las primeras insinuaciones siguió el silencio, y cuando el tratado del 10 de abril de 1854 entre Francia é Inglaterra fué comunicado al gabinete de Turín, el general Dabormida contestó, no con una accesión directa, sino con la simple expresión de su simpatía: esta misma simpatía no era muy hábil, porque si no bastaba para asegurar al Piamonte la gratitud del Occidente, en cambio era demasiado manifiesta para no ofuscar á Rusia.

Mientras tanto Cavour seguía con vivísima atención la lucha ya empeñada. De vez en cuando recibía preciosos estímulos de París. «Comprendo perfectamente, decía en junio Drouyn de l'Huys á Villamarina, la reserva del Piamonte. Pero es posible que Austria no venga con nosotros; entonces peor para ella; el Piamonte tendrá una ocasión favorable para tomar una buena revancha (3).» Cavour presentía esa revancha, aspiraba á ella y de antemano descontaba su magnitud. Las resistencias que en torno suyo encontraba, en vez de desalentarlo, le excitaban, y renunciaba tanto menos á sus planes, cuanto que se sentía sostenido por el rey.

El llamamiento directo, tan esperado y deseado, llegó de Inglaterra, que se hallaba en gravísimo apuro porque, habiendo calculado mal sus efectivos al emprender la guerra de Crimea, las primeras intemperies del invierno, que vinieron después de las pérdidas de Inkermann, habían reducido hasta casi anularlos sus magníficos regimientos (4). La crisis era grave. El inglés afronta voluntariamente los peligros de los largos viajes ó de las empresas atrevidas, pero es rebelde á las exigencias de la disciplina militar; así es que era quimérico contar con las buenas voluntades individuales, imposible establecer el reclutamiento, y de lejanos resultados llamar á las tropas de las colonias. Los ingleses, de tal modo cogidos de improviso, se acordaron de que, en el siglo XVI, de los valles alpinos de la Suiza meridional ó del Norte de Italia habían salido más de una vez osados *condottieri*, soldados rudos y vigorosos, que hacían la guerra á sueldo de los soberanos y luchaban valientemente con tal que pudieran contar con abundante botín y buena paga. Afortunadamente Inglaterra podía pagar; y en cuanto á los *condottieri*, podría hallarlos entre los piamenteses, sobrios, según se decía, bravos y bastante acostumbrados á las fatigas para soportar la invernada en Crimea, y que, además, casi se habían ofrecido. Había, pues, llegado el caso de anudar el hilo, no enteramente roto, y de recibir una ayuda aparentando prestar un servicio; por esta razón lord Clarendon y lord John Russell escribieron en 29 de noviembre á sir James Hudson para que continuara las suspendidas negociaciones. A consecuencia de un retraso inexplicable, esas cartas no llegaron hasta el 12 de diciembre á Turín, y al día siguiente recibióse la petición oficial de auxilio formulada por Inglaterra y también por Francia. El secreto de las conferencias se había traslucido ya en aquella ciudad. «Vamos, tío, decía á Cavour la condesa Alfieri, ¿cuándo partimos para Crimea (5)?»

(3) Despacho de Villamarina, 16 de junio de 1854 (Bianchi, *Storia documentata*, tomo VII, pág. 166).

(4) Véase anteriormente, libro V, párrafo 7.º

(5) *Le comte de Cavour, récits et souvenirs*, por M. W. de La Rive, pág. 251.

(1) Despacho de Villamarina, 7 de marzo de 1854 (Bianchi, *Storia documentata*, tomo VII, págs. 165 y 166).

(2) *Lettere edite ed inedite di Camillo Cavour, raccolte ed illustrate da Luigi Chiappa*, tomo II, pág. 58.